YA NO ES AYER

Carta abierta y vana a Francisco García Pavón

Te acuerdas? En el año de gracia de 1941, en los primeros días de un octubre soleado y tristísimo, en el Madrid apacible de entonces —frío de aires del Guadarrama, puro de cielos altos, chirriante de tranvías envejecidos, sombrío de pan de estraperlo en las bocas del Metro, fingidamente luminoso del Capitol a Chicote— desembarcó sobre la carbonilla de los andenes de Príncipe Pío este tu amigo: estudiantillo gafudo, pálido y menudo, incapaz de manejar con brío el maletón de fibra en que a presión se albergaban sus mudas, sus saberes y un par de hogazas para obviar el régimen dietético impuesto por el racionamiento y la parsimonia hospederil. Iba, como tantos otros, a introducirse en el (visto desde provincias) bullicioso tráfago mundano de la ex Corte, y a aprender las lecciones de los sabios maestros de la Central. Llegaba con un cargamento ingrávido de ilusiones, de sabidurías librescas y, a la vez, con la nostalgia de abandonar las tierras durienses en que había descubierto la vida, entre ardorosos y ocres estíos y grises y escarchados inviernos.

Sintió la soledad de la inmensa y ajena compañía de la urbe. Y en su aislamiento inicial, mientras disponía sus cosas en el ascético cuarto de la pensión y se adaptaba a la rutina rígida de sus horarios, se dedicó hasta que empezasen las clases a patear la ciudad y a seguir leyendo en las bibliotecas. Era grato, tras el parvo condumio, deslizarse al solecillo membrillero y dorado por el Prado hasta el Hipódromo, o remontar suavemente hasta el Retiro y contemplar el lento y cobrizo deshoje de los árboles mientras la atardecida dejaba penetrar una fría y nítida luz casi invernal que destacaba, en el aire limpio y azulado, las ramas desnudas y recias. Era también grato reducirse al silencio de Medinaceli, 4, o del Ateneo, y descubrir libros, tomar notas y observar de reojo de calor y luminosidad en el torvo conjunto de encarnizados opositores, o aspirantes a lo mismo, que —barba morena y cerrada— encorvaban oscuramente su desastroso torso sobre folios más o menos lúgubres.